



DECLARACIÓN

EL RAVE ES UNDERGROUND

LA LUCHA POR LOS SUEÑOS

Una contracultura – sus valores, su rumbo, su transmisión

ENTROPIC UNIT · OPTICALRIOT · LETRIP · RED SIGNAL · ENTROPICUNIT.EU

PRÓLOGO

Hubo una vez una contracultura, y no murió porque la prohibieran. Se desvaneció porque la compraron, la invitaron, la copiaron y la anunciaron con su propio nombre. Quien hoy es joven conoce solo la copia y la toma por el original. Estuvo en fiestas donde le dijeron que aquello era el underground, y no tenía motivo para dudarlo, porque nunca vio otra cosa.

Esta declaración no es una mirada atrás ni nostalgia. Es el intento de retener los valores y la dirección antes de que nadie recuerde que existieron, y de transmitirlos a quienes vienen después. No nos orientamos por un año, sino por una actitud más antigua que nosotros y que no nos pertenece. La heredamos y la transmitimos. Las herramientas cambian, los espacios cambian, los enemigos cambian. El núcleo no.

Hay libros en los que nos apoyamos sin repetirlos. En los noventa reunieron lo que entonces corría por la escena como pensamiento — fiesta, tribus y resistencia, las visiones de una contracultura en red. Mucho de ello aún sostiene hoy. Otra parte se ahogó en un patetismo y una espiritualidad que no necesitamos y que perjudicaron a la causa más de lo que la ayudaron. Tomamos los valores y dejamos el incensario donde está. Lo que queda es más duro, más claro y más fácil de defender.

A través de todo lo que sigue corre un único hilo rojo: la lucha por los sueños. No por el poder, no por los mercados, no por la próxima contratación. Por el derecho a imaginar que las cosas podrían ser de otro modo — y a hacerlo realidad por una noche. Cada capítulo es solo una cara de ello. Y al final de cada capítulo está, breve y en cursiva, de qué se trata en ese aspecto — para que el hilo siga visible aunque los temas cambien.

I. EL ESPACIO SIN LEY

Una fiesta nunca fue un evento. Era un espacio sin ley, recortado por una noche del orden de la ciudad. Un edificio vacío, un trozo de bosque, un descampado, una calle — añade corriente, añade el equipo, añade gente, y por una noche regían otras reglas. Sin leyes, sin dominio de nadie, sin lógica de entrada. Solo el acuerdo de los presentes de cuidar un poco de sí y un poco de los demás. Y funcionó.

Este es el hecho fundamental del que depende todo lo demás: que un grupo de personas puede organizarse por un tiempo limitado, sin mando y sin explotación, y que lo que sale de ello no es el caos con que se nos amenaza, sino algo mejor que el resto ordenado. Una zona temporalmente autónoma, si se la quiere llamar así — el término viene de una teoría de comienzos de los noventa cuyo autor sostuvo después posiciones insostenibles. El concepto sobrevive a la persona no como reliquia para venerar, sino como mera descripción de lo que hacíamos de todos modos: un espacio que consiste precisamente en no estar cartografiado, no registrado, no permanente.

La permanencia es la trampa. En cuanto un lugar tiene un nombre, una dirección, una clientela fija, ya no es libre sino establecido — y lo establecido se administra, y lo administrado se explota. De ahí el seguir adelante: no por romanticismo, sino como forma de organización. Lo que construyes debe ser transportable. No el lugar es la conquista, sino la capacidad de abrir uno nuevo en cualquier momento.

El primer sueño es el más simple y el más grande: que por una noche un trozo de mundo no pertenezca a nadie.

II. RECLAIM — RECONQUISTAR LA CALLE

Lo que empezaba en lo oculto, en la nave vacía y en el campo, siempre tuvo también su forma abierta: reconquistar la calle. Reclaim the Streets no era otra cosa que el espacio sin ley sacado a lo visible — un cruce, una autovía, una plaza, sustraídos por unas horas al tráfico y al comercio y convertidos en un lugar donde la gente baila en vez de pasar de largo. El mensaje era simple: ni siquiera lo común os pertenece como creéis. El espacio público es público hasta que alguien lo usa de verdad públicamente.

Esto conecta la fiesta con la okupación y con la manifestación. Es el mismo gesto en tonalidades distintas: aquí hay un lugar que habéis destinado a vuestros fines, y nosotros lo tomamos para algo que no previsteis. Ya sea vivienda que queda vacía y sobre la que se especula, ya una calle que solo sirve al flujo, ya una noche que ha de venderse — la apropiación es el acto. Todo lo demás es adorno.

El sueño aquí es espacial: que la ciudad pertenezca a quienes viven en ella, no a quienes la poseen.

III. COLECTIVO, NO ESTRELLA

Antes no veías al DJ. Estaba en la oscuridad, detrás de la gente, junto al equipo, en algún sitio. No importaba quién fuera. No era modestia, era el principio: en la pista no hay delante ni detrás, ni escenario, ni ídolo, ni nadie a quien todos miren. La experiencia colectiva es lo importante, no la exhibición de un individuo. Quien se pone en el centro no ha entendido dónde está el centro — no lo hay.

La cultura de la estrella no es por eso un efecto secundario de la comercialización, es su núcleo. En el momento en que el DJ se convierte en un nombre, una marca, una cara en el flyer, la cosa ya ha volcado. Entonces se trata del caché, del alcance, de la próxima contratación, y el espacio es solo decorado para una persona. La pose pop, pasarse la mano por el pelo tres veces bajo los focos, dejarse celebrar — antes se despreciaba, y merece volver a despreciarse.

De ahí la máscara, de ahí el nombre de función en vez del nombre propio. No como pose, sino como consecuencia: estás ahí para hacer la música, no para ser visto. El ano-

nimato aquí no es coquetería sino protección y postura a la vez — le quita a la explotación su punto de ataque. Una marca se puede comprar. Una máscara tras la que cualquiera puede ponerse, no. El nombre en el cartel debe representar una causa, no una cara.

El sueño aquí es comunitario: que la experiencia pertenezca a todos y a nadie.

IV. NINGUNA AUTORIDAD SALVO TÚ MISMO

El núcleo antiautoritario es más antiguo que el techno y va más allá de él. Dice: ninguna autoridad salvo tú mismo, y eso no es una licencia para la arbitrariedad sino una obligación. Quien no acepta soberano alguno sobre sí debe cargar él mismo con la responsabilidad que el soberano pretende cargar por lo demás. La autodeterminación sin autoorganización es solo consumo con mejor sensación.

Esta es la diferencia entre nosotros y la arbitrariedad que gusta de tomar prestado el mismo vocabulario. Libertad no significa que cada cual haga lo que quiera y los demás se las arreglen. Libertad significa que nadie dispone de otro — y que el orden que de otro modo viene de arriba se produce juntos desde abajo. En una buena fiesta no hay leyes, pero hay un acuerdo: cuidarse unos a otros. Lo uno reemplaza a lo otro.

El sueño de los hippies que fueron los últimos a Stonehenge, antes de que también eso les quitaran, era el mismo que el nuestro, solo que con otro ropaje: una vida sin mando. Dejamos las flores y conservamos el núcleo.

El sueño aquí es interior: que un ser humano se pertenezca a sí mismo.

V. QUE TODAS LAS MUJERES SEAN BRUJAS

Un espacio que abole el delante y el detrás no puede al mismo tiempo dar paso al viejo arriba y abajo de los sexos. La liberación o es para todos o no es ninguna. La pista pertenece a todos o es solo un escenario más en el que las viejas relaciones siguen su curso, esta vez con bajo.

«Que todas las mujeres sean brujas» era la consigna contra lo que se les hizo a las mujeres durante siglos: que aquellas que se sustraían a la disposición, que curaban, que sabían, que contradecían, que vivían de manera autónoma, fueran tildadas de peligrosas y perseguidas. La bruja es la imagen de la mujer que no pertenece a nadie. En nuestras pistas esto no es una provocación sino la condición previa. Quien aquí pone un sexo por encima del otro, quien convierte el espacio en coto de caza, ha entendido la cosa tan poco como quien busca un líder.

El sueño aquí es compartido: que nadie disponga de otro, en ningún aspecto, tampoco en este.

VI. CYBERPUNK EN LA VIDA REAL

Nunca fue apolítico, y nunca fue solo analógico. La resistencia electrónica tiene dos cuerpos: el espacio en el que se baila, y la red por la que uno se entiende, se organiza, desaparece. Lo que en las primeras teorías se llamaba desobediencia civil electrónica es hoy sencillamente la condición de la supervivencia: la capacidad de coordinarse sin pasar por los canales que pueden ser vigilados y apagados.

El sistema de control no se ha derrumbado desde entonces, ha crecido. Cada plataforma sobre la que hablamos pertenece a alguien que lee y puede apagar. Cada rastro que dejamos es un punto de ataque. Quien anuncia una fiesta por un mensajero comercial ya la ha medio denunciado a la autoridad. Quien vende entradas por un portal ha creado una lista que no le pertenece. La comodidad es la puerta por la que entra el control — no por la fuerza, sino como servicio.

Cyberpunk en la vida real no significa recrear películas, sino sacar la consecuencia: infraestructura propia, comunicación descentralizada, saber que no depende de servicios comerciales, anonimato como estándar en vez de excepción. El equipo en el campo y el canal cifrado por el que se pasa la dirección son la misma herramienta. El cuerpo de datos que dejamos es tan real como el cuerpo que baila — y es más vulnerable, porque permanece cuando la noche ha terminado. Protegerlo no es paranoia sino parte del mismo cuidado con que se desmonta el equipo y se deja el lugar limpio.

Y vale la pena invertir la relación que se nos vende. Se le ofrece a la juventud un metaverso: un espacio virtual en el que uno supuestamente se mueve libremente, se encuentra, vive otro mundo — en verdad una jaula enteramente medida, propiedad de una corporación, en la que cada movimiento es un dato y cada encuentro una superficie publicitaria. El verdadero ciberespacio lo tenemos desde hace tiempo, y lo teníamos antes de internet. La fiesta libre es el verdadero ciberespacio: un espacio más allá de las leyes normales, en el que las identidades fluyen, en el que puedes ser otro, en el que los límites del mundo cotidiano quedan suspendidos por unas horas. Es la darknet en la vida real — no cartografiada, no buscable, alcanzable solo por los canales correctos y la confianza correcta. Es el freespace que la ciencia ficción conjuró, solo que tiene un suelo sobre el que de verdad te paras, y personas a las que de verdad tocas.

Esto no es una metáfora, es una reconquista. Le robaron la libertad a toda una generación y le revendieron una simulación de ella — el club en vez de la nave okupada, la entrada del festival en vez del campo, el metaverso en vez de la noche en que todo era posible. La juventud robada a menudo ya ni siquiera sabe que le quitaron algo, porque nunca vio el original. Recuperar el espacio libre real significa mostrarle que la simulación es una simulación — y que lo real sigue siendo alcanzable mientras alguien sepa cómo abrirlo.

El sueño aquí es técnico: que los medios contruidos para el control puedan volverse contra el control — y que el espacio más libre no sea una pantalla, sino un campo oscuro con un equipo encima.

VII. LA ECONOMÍA DEL HAZLO TÚ MISMO

Es como en toda verdadera cultura do-it-yourself, como en la okupa: no hay el único aporte. Uno cocina, otro trastea con el equipo, uno hace las camisetas, uno el puesto, uno dibuja, uno monta las luces, uno toca. Cada cual aporta algo, cada cual aprende de los demás, sin coacción, sin relación salarial, sin que nadie disponga de los demás. Lo que circula no es en primer lugar dinero, sino capacidad, tiempo, confianza.

Esto no es una debilidad de la organización, es la organización. Autoorganización no significa ausencia de estructura, sino otra estructura — una que crece desde abajo en vez de decretarse desde arriba. Tiene sus durezas: quien no aporta y solo toma destaca; quien se da aires es reprendido; la responsabilidad no se puede delegar. Pero no conoce jefe ni propietario, y ese es todo el punto. Una economía en la que se trabaja unos para otros en vez de unos contra otros no es un sueño para el futuro lejano. Ocurre cada fin de semana, en pequeño, como prueba.

Y es más que un agradable efecto secundario. Es el verdadero argumento político, más contundente que cualquier teoría: aquí, en este lugar, en esta noche, una sociedad sin trabajo asalariado, sin propiedad de los medios, sin mando, funciona — y funciona no peor sino mejor. A quien dice que no podría funcionar, a quien sostiene que el ser humano necesita el mercado y el soberano para no hundirse en el caos, se le lleva a una buena fiesta y se le deja mirar. El modelo es pequeño y es temporal, pero está ahí, y en su propio desarrollo refuta lo que se nos vende como sin alternativa.

El sueño aquí es económico: que las personas puedan producir sin que nadie se embolse la plusvalía.

VIII. UNA LÍNEA A TRAVÉS DE LAS FRONTERAS

Esta música nunca tuvo una patria, porque viene de la falta de patria. Siempre corrió como una línea a través de las fronteras: el bajo de los sound systems de Jamaica, que hizo del propio equipo un instrumento; las máquinas de una ciudad industrial moribunda, con las que la gente construyó un futuro que nadie más le concedía; los espacios que los excluidos se tomaron porque no se les dejaba entrar en ninguna otra parte; los convoyes, los campos, las casas okupadas. Quien conoce este origen no se deja convencer de que esto sea un lugar para nación, pureza y líderes. Nunca lo fue.

Antes no era una discusión. El ambiente era de izquierda y mezclado — okupa, mani, concierto, fiesta, todo el mismo entramado, un contexto punk sin fronteras limpias. Que los nazis no tienen nada que hacer en una fiesta nadie tenía que argumentarlo. Que no

hay naciones que defender era consenso, no punto de disputa. Hoy hay que decirlo de nuevo, porque muchos piensan en lo social pero se han vuelto nacionales — y esa es exactamente la fractura en la que se decide si alguien pertenece o solo usa la causa. Social y nacional es una contradicción, no un programa.

Aquí pasa la frontera de nuestra puerta abierta. Hablamos con quien aún no conoce la cosa. No hablamos con quien divide, quien clasifica por origen, quien quiere llevar la frontera al interior de la pista. Ese es el único portero que conocemos.

El sueño aquí es sin fronteras: que una línea de bajo no pregunte por el pasaporte.

IX. LO QUE SE LLAMA UNDERGROUND

Hay que nombrar honestamente lo que queda, si no el resto es mentira. La mayor parte de lo que hoy se llama underground es cultura de club, externalizada al campo, provista de un sello molón para que se pueda cobrar mejor. Bebida energética a precio de club, una marca sobre el equipo, la máquina de CBD en la esquina, y eso se llama resistencia. El sonido ha quedado, la cosa se ha ido.

Y también lo que aún parece salvaje hay que comprobarlo. Hay sistemas que van duro, ilegales, sin concesiones — y sin embargo no son la línea. A veces hay uno que compró el sound system por treinta mil de sus padres y no sabe tocar, y tocan los demás, y todo es un teatro de guardería con una mano de pintura underground. Algunos son duros contra todo, pero cargados en lo nacional en vez de antiimperialistas — salvajes, pero vacíos. El sistema checo no es el austriaco no es lo que queremos decir. No hay un frente común solo porque corran las mismas máquinas.

La fiereza sola no es contenido. Las fiestas anticapitalistas son las menos. Las pocas que aún existen son por eso auténticas — y exactamente esas son las que se quieren decir. Lo que se quiere decir es la actitud, no el sonido y no la pinta.

Aquí se defiende el sueño: contra la copia que lleva su nombre.

X. REPRESIÓN Y EL GATO Y EL RATÓN

La represión forma parte, y fue parte del juego desde el principio. Prohibiciones, condiciones, incautaciones, el armamento de las leyes contra las reuniones no autorizadas — es la reacción honesta del Estado a lo que una fiesta libre es: una amenaza a su orden. La represión nunca malinterpretó la cosa. La entendió exactamente.

El problema no es que exista el juego del gato y el ratón. El problema es que el ratón se ha cansado. Hacen falta nuevos conceptos, nuevas reflexiones, nuevas formas de abrir un espacio y hacerlo desaparecer de nuevo antes de que sea cobrado. Las viejas rutinas están descubiertas, los viejos lugares quemados. Lo que de todos modos construimos en otra parte — enlaces de radio propios, comunicación descentralizada, infraestructu-

ra que no pertenece a nadie — es aquí la base. No para que siga siendo ilegal por amor a lo ilegal, sino para que el espacio libre siga siendo posible cuando cada metro cuadrado está cartografiado y cada plataforma vigilada.

Hay una tentación a la que hay que resistirse: arreglarse con la represión para que lo dejen a uno en paz. Conseguir el permiso, cumplir las condiciones, presentar el plan de seguridad, ser bueno. Quien hace eso ya ha perdido, sin que un solo agente haya tenido que intervenir — pues la fiesta autorizada ya no es una zona liberada sino una tolerada, y la tolerancia se puede retirar en cualquier momento. El arte no es conseguir el permiso. El arte es no necesitarlo. Eso exige más preparación, más confianza, más disciplina que cualquier evento registrado — la ilegalidad no es negligencia, es la forma más exigente de organización.

Aquí el sueño permanece despierto: que no se puede controlar todo lo que se mueve.

XI. HACIA DÓNDE DERIVA — Y HACIA DÓNDE VAMOS

Se puede ver hacia dónde deriva el mainstream. Eventos con auriculares, en los que nadie habla ya con nadie, donde cada cual baila en su propio carril y al final se fotografía en vez de encontrarse. Es la forma final de la atomización: la experiencia colectiva, desmontada técnicamente en tantos individuos que están solos unos junto a otros. Es la exacta inversión de lo que se trataba — el espacio queda, pero lo común ha sido extirpado quirúrgicamente.

Contra esto no hace falta nostalgia, sino una contracultura radical, reconstruida para las condiciones que vienen. No la repetición de las viejas fiestas, ningún museo, ninguna noche-homenaje. Sino el mismo principio, traducido a un tiempo que aún no conocemos. Los pocos viejos que quedan a menudo ya no llevan el espíritu — no basta con haber sobrevivido. Crear conciencia en quienes nunca lo vivieron, y mantenerlo vivo haciéndolo: esa es la tarea.

Aquí el sueño mira hacia adelante: que quienes vengan sabrán que es posible.

XII. LA LUCHA POR LOS SUEÑOS

Al final es esto, y fue esto desde el principio: una lucha por los sueños. Una cultura juvenil y de oposición no vive del consumo, vive de que las personas se toman algo que no se les da — tiempo, espacio, unos a otros, la experiencia de que la autoorganización funciona. Quien una vez estuvo en un espacio en el que por una noche no regía dominio alguno y aun así no terminó en el caos sino al contrario, sabe algo que ya nadie puede quitarle con palabras: que el orden que se nos vende como sin alternativa es una elección y no una necesidad.

No transmitimos esoterismo. Ninguna vibración superior, ninguna iluminación en la pista, ninguna cháchara cósmica — fue siempre la entrada blanda por la que entraba la arbitrariedad. Transmitimos un mecanismo y una actitud. El mecanismo: un espacio más un equipo más un colectivo hacen una zona en la que las reglas de fuera quedan suspendidas. La actitud: autodeterminados y autoorganizados, sin soberanos, contra el Estado, contra el capital, contra la nación, contra el dominio de un sexo sobre el otro. Tocar libres, ser libres, personas libres.

Volver al underground no significa volver al pasado. Significa ir adonde no es contabilizable. Donde no hay entrada, ni patrocinador, ni logo, ni cara en el flyer. Donde una noche es de nuevo algo que uno se toma, en vez de algo que se compra. Hemos visto que existió. Por eso sabemos que puede volver a existir.

Hacer un mundo nuevo luchando por los sueños. No es un eslogan. Es la orden de trabajo.

El rave es Underground. Todo lo demás es la copia.



ENTROPIC UNIT

OpticalRiot · LeTrip · Red Signal — **entropicunit.eu**

En la línea de Wolfgang Sterneck: *Tanzende Sterne* (Nachtschatten Verlag, 2005, ISBN 978-3-03788-142-2) & *Cybertribe-Visionen* (ed., 2ª ed. ampliada, Nachtschatten Verlag 1999, ISBN 978-3-907080-45-0). El título «La lucha por los sueños» sigue el ensayo homónimo de Sterneck. Esoterismo eliminado, valores conservados. — Usamos el concepto de zona temporalmente autónoma como idea; nos distanciamos expresamente de su autor Peter Lamborn Wilson (Hakim Bey) y de sus textos apologéticos de la pedofilia. — Signos: la estrella de ocho puntas es nuestra propia señal, ni insignia de partido ni símbolo esotérico. El olivo es ropa de trabajo, no uniforme — antimilitarista, antifascista. Texto libre — para libre difusión.